



SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

1 de enero, S. I. Catedral Primada

Querido hermanos: os deseo un feliz año 2015. Esta felicitación no quiere ser únicamente un cumplido. Sí, estoy convencido de que 2015 es año del Señor, signo de su bondad y misericordia. Por ello, en nuestro tiempo, marcado por la inseguridad y la preocupación por el futuro, es necesario experimentar la presencia viva de Cristo. María, Estrella de esperanza, es quien nos conduce a Él. Y ella, con su amor materno, es quien puede guiar a Jesús especialmente a los jóvenes, los cuales llevan imborrable en su corazón el interrogante sobre el sentido de la existencia humana.

Sé que muchos padres buscáis nuevos caminos para ayudar a vuestros hijos a responder a los grandes interrogantes existenciales. No es fácil, sin duda. Pero toda la comunidad cristiana tenemos que dar testimonio a las nuevas generaciones de la alegría que brota del encuentro con Jesús, el cual, al nacer en Belén, no vino a quitarnos algo, sino a darnoslo todo. En la liturgia de hoy destaca, además, la figura de María, verdadera Madre de Jesús, hombre-Dios. Por tanto, en esta solemnidad no se celebra una idea abstracta, llena de buenos deseos, sino un misterio y un acontecimiento histórico: Jesucristo, persona divina, nació de María Virgen, la cual es, en el sentido más pleno, su Madre.

Recuerdo, hermanos, que, aunque el estado de infancia, que el Hijo de Dios asumió sin considerarlo impropio de su grandeza, se haya transformado ya en estado de varón perfecto, no por eso consideramos sin importancia la fiesta y tiempo de Navidad. Evidentemente: aunque Cristo haya consumado ya el triunfo de la pasión y resurrección, sin embargo la fiesta de la Natividad renueva para nosotros los comienzos sagrados de la vida de Jesús, nacido de la Virgen María. Pero hay más: al adorar el nacimiento de nuestro Salvador, se nos invita a celebrar también nuestro propio nacimiento como cristianos.

La generación de Cristo, en efecto, es el origen del pueblo cristiano, ya que el nacimiento de la Cabeza incluye en sí el nacimiento de todo el cuerpo. Aunque cada uno de los que llama el Señor a formar parte de su pueblo sea llamado en un tiempo determinado y aunque todos los hijos de la Iglesia hayan sido llamados cada uno en días distintos, con todo, la totalidad de los fieles, nacida en la pila bautismal, ha nacido con Cristo en su nacimiento, del mismo modo que ha sido crucificada con Cristo en su pasión, ha sido resucitada en su resurrección y ha sido colocada a la derecha del Padre en su ascensión. Nada de Cristo nos puede ser ajeno a la multitud de los creyentes.

Esta multitud que formamos la Iglesia católica, pero también toda la comunidad humana, tiene un formidable reto: superar guerras, conflictos y los muchos sufrimientos causados por el hombre o por "antiguas y nuevas epidemias, así como por los devastadores efectos de los desastres naturales" (Papa Francisco, mensaje para la Jornada de la Paz 2015, 1). En el pasado año, el Papa señaló el anhelo de fraternidad indeleble en el corazón humano para invitar a la comunión con los otros, que lleva a la paz en el mundo y no a enfrentarnos a enemigos o contrincantes, sino a hermano a quienes acoger y querer.

En continuidad con ese mensaje, en este 1 de enero de 2015 el papa Francisco se fija en ese flagelo cada vez más generalizado de la explotación del hombre por el hombre, que daña seriamente la vida de comunión y la llamada a estrechar relaciones interpersonales marcadas por el respeto, la justicia y la caridad. Es el tema de la esclavitud, "fenómeno abominable, que pisotea los derechos fundamentales de los demás y aniquila su libertad y dignidad", sobre el que el Papa hace su reflexión.

¿En qué medida nos atañe a cada uno de los que celebramos esta tarde Santa María, Madre de Dios, que el Papa nos exhorte a considerar a todos los hombres "*no esclavos, sino hermanos*"? Sin duda tiene que ver con nosotros, pues al considerar cómo en la época apostólica afronta san Pablo la esclavitud real que existía en el Imperio romano, todos debemos preguntarnos cómo

tratamos a los que nos rodean. ¿Nacen en nosotros esos sentimientos que el Apóstol pide a Filemón que reciba a Onésimo, su antiguo esclavo? Pienso que esos sentimientos no siempre se dan en nosotros, pues en una sociedad todavía mayoritariamente católica la explotación de unos por otros se da, hermanos. El Papa hace, por ello, un repaso sobre la proyecto de Dios sobre la humanidad, que aparece en la Revelación, en la Escritura.

Pero ya sabéis, hermanos, que al Papa Francisco prefiere encarar los temas con toda su crudeza. Por ello, muestra los múltiples rostros de la esclavitud de entonces y de ahora. ¿Ahora? Sí, ahora. La esclavitud no está hoy aceptada ni regulada por el derecho en nuestro mundo. Sería políticamente incorrecto. Pero el Papa describe grupo de personas que entre nosotros viven en condiciones similares a la esclavitud: *trabajadores, incluso menores, oprimidos de manera informal o formal, muchos emigrantes, personas obligadas a ejercer la prostitución, verdaderos esclavos y esclavas sexuales, niños y adultos víctimas del tráfico y comercialización para extracción de órganos, o reclutados como soldados, para la mendicidad, para actividades ilegales como producción de drogas, o para formas encubiertas de adopción internacional. Y no olvida Francisco a los secuestrados y encerrados en cautividad por grupos terroristas. Y, ¿cómo no pensar en los extremistas yihadistas que denigran al Islam y le interpretan de forma inaceptable cuando rechazan o eliminan a cuantos no se pliegan a sus directrices políticas, que no religiosas?*

Refiere el Papa Francisco a algunas causas profundas de la esclavitud y nos exhorta al compromiso común para derrotarla. Leed el texto. Es muy realista y no se anda por las ramas. “Deseo invitar –dice el Papa- a cada uno, según su puesto y responsabilidades, a realizar gestos de fraternidad con los que se encuentran en un estado de sometimiento. Preguntémonos, tanto comunitaria como personalmente, cómo nos sentimos interpelados cuando encontramos o tratamos en la vida cotidiana con víctimas de trata de persona (...) Algunos hacen la vista gorda, ya sea por indiferencia, o porque se desentienden de las preocupaciones diarias, o por razones económicas” (Mensaje Jornada 2015, 6). Agradecemos a Su Santidad este nuevo Mensaje, que nos ayuda a encarar el nuevo año con realismo y sin músicas celestiales o no, propias del día primero.

Y en España, o en Toledo, ¿todo va bien? No hermanos. Aparte de los problemas sin resolver (paro, corrupción, aborto, educación para el amor en las relaciones afectivas y sexuales), tenemos delante un año muy complejo de elecciones, en el que la desconfianza entre nosotros es grande; también en el problema de la ruptura de España. A mí me preocupan sobremedida los indicios de un deseo de empezar todo de nuevo, rompiendo con todo lo anterior, y no encontrar solución a problemas concretos que hacen sufrir a la gente. Nos ha ocurrido en nuestra historia a lo largo de los últimos 200 años. Sabemos que Dios cuida de cada uno de nosotros; queremos también cuidar nosotros de nosotros mismos. Es bueno empezar por una globalización de la caridad y la solidaridad, de la fraternidad en definitiva, que nos dé esperanza. La esperanza que Dios pone en nuestras manos.

SOLEMNIDAD DE SAN ILDEFONSO

23 de enero, S. I. Catedral Primada

A san Ildefonso le decimos Patrono de la ciudad de Toledo y de la Archidiócesis toledana. En nuestro leguaje, *Patrono* es el santo o santa elegido como protector. Le tenemos, pues, como “Defensor”, “Protector” o “Amparador” para nuestra vida, la fe y la actividad de esta porción del Pueblo de Dios que es la Iglesia de Toledo. En otros muchas diócesis de España guardan su memoria.

Pero no le separamos de Cristo, pues sin Jesús, san Ildefonso nada sería para nosotros, salvo tal vez un gran hombre, una figura señera para las gentes toledanas del siglo VII. Pero como discípulo de Cristo, amado del Señor, Pastor toledano que cuidó de este Pueblo con la gracia de Cristo, es mediador precisamente porque está arraigado en el misterio salvador del Hijo de Dios.

A la pregunta, ¿quién es éste que hoy celebramos como Patrono?, la respuesta es: uno de los Doce, es decir, un sucesor de los Apóstoles, que habiendo sido alcanzado por Cristo, y siguiéndole de cerca, sirvió a su Pueblo, a la comunidad eclesial de la Toledo del siglo VII, a la sociedad en que vivía, en un ámbito vital de la persona humana: la orientación de la vida del hombre y la mujer, la vía de la sabiduría y la felicidad.

En esa comunidad eclesial existe la posibilidad de que lo que se ate en la tierra quede atado en el cielo y viceversa, porque el Obispo es el vicario de Cristo para sus fieles. También habla Jesús en el evangelio de esta fiesta de la eficacia absoluta de la oración en común de al menos dos

discípulos, porque el mismo Cristo se une a los reunidos en su nombre como abogado ante el Padre. ¡Ah! Eso es muy significativo, porque, para los que forman la Iglesia del Señor, la presencia activa y efectiva del que está al frente de ella, el Obispo, garantiza por la gracia de Dios que esa oración se hace “en nombre de Jesús” y su presencia misma. Es precisamente la adhesión a Cristo el motivo que les reúne.

Por otra parte, toda la sentencia de las palabras de Jesús en el evangelio proclamado debe ser entendida como válida también, y de manera especial, para la época en que Jesús no estará ya con su presencia física entre los discípulos y ha de oírse como de labios del Señor resucitado y glorioso. Existe un hermoso paralelo en la literatura rabínica a estas palabras de Jesús: “Donde dos están sentados (juntos) y hablan entre sí palabras de la torá, allí mora la sekiná, la presencia de Dios entre ellos (*Misná, Sentencias de los Padres (Pirké Abbot), III,2*).

Los discípulos de Jesús no son simplemente individuos religiosos o “gente de Iglesia”: somos la Iglesia misma, en la que santos como san Ildefonso ayudan a ver la vida de una manera concreta, preocupándose de aquellos con los que viven en nuestros pueblos y ciudades, en nuestros barrios e instituciones. En la oración para la paz dirá el celebrante: “Te ruego, por fin, confiadamente, que a todos los que aterroriza el miedo <y son muchos>, aflige la carencia de alimentos, veja la tribulación, abrumen las enfermedades, a todos los puestos en el tormento, los cargados de deudas y sometidos a cualquier tristeza, a todos, los libere tu indulgente piedad, los alivie la enmienda de sus costumbres, y los reconforte tu misericordia de cada día”.

Pero no se trata, como tantas veces piensan los que no nos conocen, de una simple oración. En la *Illatio* que abre la plegaria eucarística se dice: “Él <Jesucristo> hizo confesor, por su fe y por su amor, a san Ildefonso, y no defraudó la esperanza que manifiesta en sus ruegos de ver gozoso en el cielo al que confesaba en la tierra con el corazón y los labios. Él nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros podamos consolar a los que se encuentren en cualquier aprieto, fiándonos de él y superando por él las tentaciones”.

Superar las tentaciones. ¿Cuáles en concreto? Me arriesgo a enunciar alguna de ellas. Por ejemplo, el dejar para mañana cuanto podemos hacer hoy por el Reino de Dios, evitando la rutina o haciendo lo que siempre hemos hecho. Celebrar a san Ildefonso es también estar implicado en las tareas eclesiales, como son luchar por una parroquia en conversión misionera, por luchar ante la insensibilidad ante lo que ocurre con nuestros niños y adolescentes, débiles por un consumismo egoísta y distanciador de los más pobres, luchar por caer en la cuenta que la alternativa al fundamentalismo yihadista no es la blasfemia ni el relativismo de una sociedad sin valores espirituales, cuyo fin primordial sea enriquecerse, aunque la conducta sea inmoral. La manera de luchar contra el yihadismo no puede ser la burla del hecho religioso, ni la reivindicación de la libertad de expresión por falta al respeto. Estas maneras de comportarse, por otro lado, sabemos que no alcanzan a Dios, pero sí degradan al que así actúa, aunque no crea en nada ni en nadie.

Hay muchas tareas que llevar a cabo en el campo de la Iniciación Cristiana, dejándonos de componendas en la recepción de esos sacramentos; o en el campo de una buena educación afectivo-sexual, que puede engrandecer la vivencia de la sexualidad humana masculina y femenina; o en crear mejor oferta en nuestras caritas y organismo similares para atender dificultades concretas en la vida de familias enteras, que superen el mero asistencialismo en el fondo fácil, y se ocupen más intensamente de toda la persona con la dignidad que ha recibido del Señor. Otras tareas se pueden apuntar, pero no he de alargarme; sólo os exhorto a la lucha por el bien común de nuestra sociedad en un año complejo y difícil para todos. Los católicos deben aportar sus virtudes ciudadanas, que no la diferenciarán mucho de su comportamiento virtuoso cristiano, pues de la abundancia del corazón habla la boca. ¡Cómo me gustaría que esa vida virtuosa se notara en nuestra sociedad toledana!

San Ildefonso, nuestro Patrono, en unas coordenadas históricas diferentes, creo yo que os diría cosas parecidas a las que yo os digo; eso sí, mejor dichas y con mucha más autoridad moral. A su intercesión ante el Señor nos acogemos. Dios sea bendito.

FESTIVIDAD DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

28 de enero, Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso

Es difícil dar lo esencial de un sistema teológico-filosófico como el tomismo, es decir, la forma de pensamiento religioso que puede legítimamente apoyarse en la autoridad de santo Tomás de Aquino. Y lo es porque su valor y su fuerza radican más, parece, en un cierto espíritu que en tesis definidas o definibles. Se puede, sin embargo, señalar algunas indicaciones significativas.

Destaca el realismo moderado en filosofía, al servicio de un intelectualismo del ser, esto es,

que la inteligencia es una facultad de conocer el ser a través de los conceptos que se forma de él; también que la misma voluntad es dependiente de este ser en cuanto inmediatamente aprehendido por la inteligencia. Y, si entramos en teología, una posible distinción entre las naturalezas creadas y la sobrenatural intervención de Dios para asociar a los seres espirituales creados a su propia vida, sin caer en extrinsecismos.

De ahí se deriva el fundamento de toda la teología sobre el principio de la analogía del ser que permite a Dios efectivamente revelarnos su propia vida, y a nosotros mismos reflexionar sobre la Revelación de modo que nos la podamos asimilar sin disipar su misterio. A esto añadimos un respeto y una apertura efectiva ante toda la tradición. Por eso resultan en el tomismo tesis tan especialmente equilibradas sobre problemas tan delicados como el de la encarnación, e intuiciones tan afortunadas como el de la gracia y la libertad humana o la doctrina de la redención de Cristo y la de su aplicación a la Iglesia por los sacramentos. Tenemos aquí, pues, las principales razones que explican la insistencia de la Iglesia en recomendar tal pensamiento del verdadero tomismo a todos los encargados de enseñar en su nombre.

Pero nosotros celebramos a un santo, alguien que tuvo una trayectoria vital concreta. Podía haber sido un abad de Montecasino, pues entre benedictinos transcurrió su infancia hasta los trece años. En Nápoles conoció a los Mendicantes de la Orden de Predicadores y su vida concreta en ciudades, predicando y enseñando. Lo cual supuso un cambio en la que llamaríamos su “carrera eclesiástica”, concepto poco feliz.

Me interesa subrayar algo que creo importante: su actividad docente y de estudio, plasmado en publicaciones que todos conocemos, es ciertamente impresionante, pues estamos ante una de los hombres más inteligente de la historia humana. Pero estamos igualmente ante un santo intelectual: su inteligencia ponía de manifiesto su elección divina. Si vida iniciaba y terminaba bajo el signo de una investigación incesante, porque quien es santo no sólo enseña con los resultados de su estudio, sino con su misma acción o conducta. Quiero decir que cuando santo Tomás comenzó a enseñar todo lo que decía era nuevo, pues había sido vivido por él.

Añadiré que, junto a la dificultad que el santo encontró para que se aceptasen su doctrinas realmente innovadoras, al final de su vida santo Tomás había sometido a una crítica radical su propia obra y por boca de alguien cercano a él (Reginaldo de Piperno) sabemos que, tras haber trabajado incesantemente por casi treinta años, él consideraba que todo su trabajo era simple paja. Paja, eso sí, como aquella sobre la que se posó el niño Jesús nacido en Belén. La obra del intelecto, como toda obra humana, es siempre inacabada. Sin embargo, la acción intelectual de santo Tomás era el lugar en el cual su santidad se había manifestado plenamente.

¿No es ésta suficiente razón para exhortaros yo a vivir con intensidad vuestra formación intelectual, como alumnos de estos institutos teológico y de ciencias religiosas? Pienso sin duda en que la mayor parte del Instituto teológico san Ildefonso sois candidatos al sacerdocio. Seminaristas, claro está. Y a cuantos ejercéis la docencia aquí en nombre de la Iglesia, ¿no es razonable igualmente que consideréis a este santo imagen y modelo de trabajar en el campo siempre necesario de las ciencias teológicas y filosóficas, aunque hoy estén muy diversificadas? Oremos, sí, al Señor, para que por la intercesión de santo Tomás contemos siempre con hombres y mujeres abiertos a la acción de Dios y a la profundización en su revelación. El trono de la Sabiduría, Santa María ruegue siempre por nosotros.